

LIBROS

42

LETRAS LIBRES
NOVIEMBRE 2018

Sara Mesa
• CARA DE PAN

Barbara Ehrenreich
• CAUSAS NATURALES. CÓMO NOS
MATAMOS POR VIVIR MÁS

J. M. Coetzee
• SIETE CUENTOS MORALES

Pablo Simón
• EL PRÍNCIPE MODERNO.
DEMOCRACIA, POLÍTICA Y PODER

Francesco Pecoraro
• LA VIDA EN
TIEMPO DE PAZ



NOVELA

Encuentro de dos inadaptados



Sara Mesa
CARA DE PAN
Barcelona, Anagrama,
2018, 138 pp.

ALOMA RODRÍGUEZ

Casi, la protagonista de la novela más reciente de Sara Mesa (Madrid, 1976), no se llama así de verdad, pero es el nombre que elige para llamarla Viejo, que tampoco se llama así, el otro protagonista de la novela. En realidad, sería mucho más preciso hablar de *nouvelle* para referirse a *Cara de pan*, el octavo libro que publica Mesa y que llega después de la reedición de *Un incendio invisible*, el libro de cuentos *Mala letra* y la novela *Cicatriz*. *Cara de pan* es la historia de dos inadaptados: una preadolescente de casi catorce años y un hombre en la cincuentena cuya trayectoria

vital, que se ofrece a cuentagotas en el libro, lo dibuja como un tarado, un marginado, un loco: solo tiene dos trajes, no trabaja, no paga impuestos, estuvo encerrado en una clínica; la información sobre él se ofrece dispersa para que el lector, como Casi, organice el puzle. De Casi también se cuentan las cosas dispersas, pero de manera mucho más expansiva: no le gusta el instituto ni el mote que le han puesto, “cara de pan”, no le gusta hacer trabajos en grupo y echa de menos a su hermano, nueve años mayor, que se ha ido a hacer un máster al extranjero. No está a gusto en ningún sitio, ni en su casa ni en el instituto; su único refugio es un lugar separado por un seto del resto en el parque. Allí acude cada día en lugar de ir al instituto, y allí, de casualidad, se encuentran ella y el Viejo. Allí charlan, comparten bolsas de patatas fritas e inquietudes: el Viejo le habla de pájaros y de Nina Simone; Casi empieza inventando una vida fantástica llena de viajes, pero poco a poco le va hablando de su vida de verdad.

El libro tiene dos partes, “El parque” y “La cafetería”, que toman el nombre de los dos únicos sitios en los que Casi y Viejo se ven. Esa elección es una muestra de la importancia que da Mesa al espacio, a los lugares, y a las limitaciones que impone. El parque es un lugar apartado, pero visible, es seguro a medias y allí pueden relacionarse sin miedo de ser juzgados. La cafetería, en cambio, es un lugar público que comparten con más gente y, por tanto, su conversación, sus gestos, etc., pueden ser observados y llamar la atención. La primera parte, “El parque”, es mucho más larga que la segunda. Cuenta la sucesión más o menos ordenada de los días que pasan en el refugio, unos tres meses en total, el tiempo que Casi falta a

clase. Aunque tiene un plan para que sus padres no se den cuenta y lo ejecuta y medio le funciona, es solo cuestión de tiempo que la descubran: es menor de edad y, con mayor o menor celeridad, los protocolos de control sobre el absentismo escolar funcionan. En esos tres meses les da tiempo a saber un poco el uno del otro, y a contarse fragmentos de su pasado: el del Viejo oculta varios secretos, Casi no tiene aún nada que ocultar, salvo los sentimientos de los que se avergüenza. Ninguno de los dos encaja y ambos se sienten expulsados del mundo, por eso se consuelan, se escuchan, no se juzgan. El libro es también el relato de una batalla de esos dos inadaptados contra un mundo que les impone unas restricciones y unas etiquetas que no comprenden, y que, además, da por hecho lo que piensan o sienten sin siquiera preguntar.

La fragmentariedad con que está contada la historia busca colocar pistas falsas sobre lo que va a suceder, para que todo nos lleve a pensar en una relación de abuso, sin embargo, no es eso lo que va a ocurrir. La perversión, el abuso y las pulsiones sexuales están ahí, por supuesto, y aparecen y son uno de los asuntos centrales, pero sobre todo en la imaginación. El libro juega un poco al despiste, en ese sentido, sabiendo que será difícil que a un lector no le salten todas las alarmas sobre lo depravado de una relación entre un viejo loco y una niña en estos momentos de hiperprotección y sobre-reacción. Lo anómalo suele asociarse con lo malvado, pero no tiene por qué ser así: la naturaleza de las relaciones entre los seres humanos es diversa, y debe serlo. Esa es una de las tesis del libro: cómo se pretende hacer encajar a los individuos en patrones, pero también las relaciones que se desarrollan entre

ellos. En caso de no cumplir con lo establecido, la expulsión es inevitable, como le ha sucedido al Viejo. Casi, la chica, aún puede salvarse: puede integrarse, puede encajar, solo tiene que pagar algunos peajes de “normalización”, como echarse un novio, tal vez, ir a clase, y fingir que quiere formar parte del mundo.

Sara Mesa no teme hacer el ridículo o sonar cursi y tensa la historia. Los personajes son extremos en su comportamiento y en sus condiciones y consigue construir escenas muy complicadas y arriesgadas. Pero quizá el libro fía demasiado a la tesis y menos a la forma: el estilo, la voz de los personajes y su construcción, que tienden ligeramente al cliché. No sé cuál era la finalidad del libro, pero el resultado es que invita a la reflexión sobre las relaciones y los atajos y trampas que nos ponemos a la hora de juzgar a los demás. La realidad es mucho más compleja de lo que parece a simple vista y atar cabos demasiado rápido no suele servir para descubrir la verdadera naturaleza de las cosas. —

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2016 publicó *Los idiotas prefieren la montaña* (Xordica).



ENSAYO

Contra la obligación moral de estar sano



Barbara Ehrenreich
CAUSAS NATURALES. CÓMO NOS MATAMOS POR VIVIR MÁS
Traducción de Laura Vidal
Madrid, Turner, 2018, 254 pp.

MERCEDES CEBRIÁN

El deseo de permanecer más tiempo y en mejores condiciones sobre

el planeta parece totalmente lógico, pero cuando la doctora en biología y periodista estadounidense Barbara Ehrenreich posa su mirada sobre los entresijos de la industria que ha crecido en torno a este deseo legítimo, nos muestra bastantes aspectos de esta que quizá preferiríamos desconocer. Así ocurre en *Causas naturales. Cómo nos matamos por vivir más*, su último ensayo, recientemente publicado en castellano. La autora nos tiene ya habituados a desvelar horrendos detalles del funcionamiento de sectores como el de la medicina o la psicología, especialmente en Estados Unidos, y en esta ocasión enfoca con su lúcida linterna a la industria del bienestar, encargada de mantener bien engrasados los motores que mueven el deseo de cuidarnos, de alejar la muerte de nosotros y de mejorar a toda costa lo que conocemos como “calidad de vida”.

El talento de Ehrenreich para desvelar las motivaciones políticas e ideológicas que hay detrás de cualquier inocente afición es innegable. El ejemplo perfecto se encuentra en la sección cuarta del libro, titulada “Destrozar el cuerpo” y dedicada al auge de los gimnasios y el *fitness*, que proporciona a los lectores herramientas para comprender por qué a partir de los años ochenta la gente comenzó a frecuentar los gimnasios con tanta dedicación. La “cultura” del *fitness* surgida a finales de los años setenta en Estados Unidos, responde, según expone Ehrenreich, a la siguiente lógica: “si no podías cambiar el mundo, ni siquiera planificar tu propia carrera profesional, sí podías controlar tu cuerpo: lo que entra en él y en qué gasta su energía muscular”. Esta afición nació en una sociedad afectada por la desindustrialización, que había perdido en gran medida “la fe en la sociedad, los gobiernos, los negocios, el

matrimonio, la iglesia, etc.”, como escribió el pionero del *fitness* Jim Fixx, en el prólogo a su manual para corredores publicado en 1977.

Que Ehrenreich es una observadora nata se deja ver particularmente en este capítulo, donde también da un repaso al porqué de ciertas prohibiciones tácitas que se nos insta a cumplir en el gimnasio, entre las que se hallan no quedarse mirando a los demás o evitar gruñidos o jadeos demasiado audibles. Ella misma, en el gimnasio de Florida al que acudía, vio cómo el encargado del local reprendía a una mujer joven por moverse alegre al ritmo de la música. “En el gimnasio no se baila”, le dijo el hombre a la cliente, pues, como nos advierte la autora, “entrenar se parece mucho a trabajar”.

Como acabamos de ver, otro de los elementos característicos de los ensayos de la autora es el uso de la primera persona y la inclusión en ellos de situaciones que protagonizó o de las que fue testigo. De hecho, antes de escribir su premiado libro *Por cuatro duros* (Capitán Swing, 2014), una investigación acerca de las mujeres estadounidenses que subsisten con los peores sueldos, ella misma comenzó a trabajar como camarera, empleada de hogar y auxiliar de enfermería para obtener datos empíricos sobre el día a día de estos empleos. También en *Sonríe o muere* (Turner, 2018), un ensayo sobre las trampas del pensamiento positivo, se sitúa como conejillo de Indias de este tipo de doctrinas tras enfermar de cáncer de mama y sentir cómo a su alrededor todos le exigían que adoptase una actitud optimista durante el tratamiento.

En ciertas ocasiones, la escritura de Ehrenreich parece surgir como necesidad para comprender en qué oscuros laberintos se está viendo metida, como si abordase un

trabajo de campo en el que el objeto de estudio fuese ella misma. De este modo, a lo largo de *Causas naturales*, logra que los lectores nos indignemos junto a ella, pero también que nos riamos a carcajadas hacia los disparates que la industria de la salud genera, por ejemplo ante la sonoración que tuvo lugar en unas jornadas médicas porque una mujer de cien años decidió por primera vez “cuidarse” y someterse a una mamografía. Escribo *someterse* porque es el verbo más en sintonía con el modo de expresarse de Ehrenreich, que considera un calvario pruebas como la colonoscopia o la mamografía.

Pero no estamos ante una *punk* que pretenda destrozarnos los logros de la medicina preventiva, que hace ahorrar millones de cualquier divisa a los gobiernos que la implantan (o, en el caso de Estados Unidos, a las aseguradoras médicas). Ehrenreich no es tan inconsciente: su mente es lúcida, analítica y todos sus comentarios están exhaustivamente documentados. Simplemente nos advierte de los peligros del sobrediagnóstico, como ya lo han hecho otros antes que ella, y de paso despierta cada dos renglones nuestro espíritu crítico.

Una de las misiones de este libro, según cuenta la propia autora, es despejar esa idea de que somos culpables de nuestras enfermedades, y por tanto de nuestra propia muerte. “Quiero que la gente lo lea y se relaje”, declaró Ehrenreich a un periodista de *The Guardian*. Nada más lejos de la opinión del médico y director de la Fundación Rockefeller, John H. Knowles, que recoge la autora en su ensayo. Knowles consideraba que “la idea del derecho a la salud se debería sustituir por la obligación moral individual de mantenerse sano”. Estas ideas conducirían a lo que la autora

llama “la autopsia biomoral”, que se practica en nuestros días en forma de preguntas capciosas cuando alguien muere: “¿fumaba?”, “¿tomaba mucha mantequilla?”, “¿bebía alcohol?”, para así achacarle al finado la responsabilidad sobre su propia muerte.

Pero si algo nos enseña la ensayista en este libro, a golpe de bibliografía y de su propio saber como doctora en inmunología celular, es que no somos totalmente dueños de nuestros destinos. Somos más bien una paradoja andante, tal como demuestra el comportamiento de algunas de nuestras células, por ejemplo los macrófagos, que no siempre están ahí —según nos hace saber la autora— para alargarnos la vida, sino a veces para acortárnosla. —

MERCEDES CEBRIÁN es escritora. Su libro más reciente es el poemario *Malgastar* (La Bella Varsovia).



CUENTO

A la deriva en la oscuridad



J. M. Coetzee
SIETE CUENTOS MORALES
Traducción de Elena Marengo
Buenos Aires, El Hilo de Ariadna/Barcelona, Literatura Random House, 2018, 128 pp.

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

¿Merecemos alguna piedad? Contaminamos el mundo, lo deprimamos, lo explotamos en nuestro beneficio. Somos crueles con quienes nos acompañan en la Tierra, enjaulamos a los animales, los devoramos, los cazamos, los humanizamos. Entre nosotros prima la envidia, el odio, el egoísmo, el afán

de dominio. Producimos belleza. Obras maestras de la pintura, la música, la literatura. Pero no todos pueden apreciarlas, no todos tienen acceso a ellas. ¿Qué justifica nuestro paso por el mundo?

Elizabeth Costello va a morir. Es un personaje de ficción, un personaje de J. M. Coetzee. No es el *alter ego* de Coetzee, pero sin duda este la creó para expresar sus dudas y certezas, muchas de ellas relacionadas con los animales. Es la protagonista de *La vida de los animales* (1999) y de *Elizabeth Costello* (2003). Es también la protagonista de la mayoría de los relatos de *Siete cuentos morales*, el libro más reciente de Coetzee. Sus libros funden —y en este caso así sucede también— la ficción y el ensayo, la literatura con la filosofía. Por eso mismo sus obras no ofrecen certezas sino dudas. ¿La belleza nos justifica?

Los dinosaurios dominaron la tierra por doscientos millones de años. Un meteorito los exterminó, un accidente. Hoy usamos sus huesos fosilizados para impulsar nuestros motores, para llegar al trabajo y recoger a los niños de la escuela. Si un nuevo meteorito, o cualquier otra desgracia (quizá ahora provocada por nuestra *hubris*), acaba con la vida de los seres humanos en la Tierra y solo quedan nuestros museos, bibliotecas y salas de conciertos, las plantas los quebrarán con sus raíces y los arrogantes rascacielos se volverán un montón de escombros. La *Divina comedia*, *Las señoritas de Avignon*, la *Sexta sinfonía* de Beethoven: si nadie los escucha, los lee, los admira, no existen, no son nada. Nuestra idea de la trascendencia abarca apenas unos siglos, quizá milenios que, en la vida del universo, representan mucho menos que un suspiro. Ahora mismo, la belleza, el arte, el

pensamiento, ¿nos redimen?, ¿nos salvan de la muerte? Esas no son las preguntas que Coetzee se hace en su libro, sino las que suscita en mí. Él se cuestiona, mejor dicho, es Elizabeth Costello quien se interroga: “¿Cuál es el saldo de la belleza? ¿En qué nos hace bien? ¿Nos hace mejores?”

Elizabeth Costello está enferma de un mal terrible y progresivo, pero no lo sabe. Como todo el mundo, tiene la certeza de que va a morir, pero lo ignora todo de la enfermedad que la carcome. Y sin embargo, se sabe mortal. “Cualquiera de estos días —dice— te vas a hallar a las puertas del cielo con las manos vacías y un gran signo de interrogación en la frente.” Luego de una vida larga y fructífera (es escritora, ha sido muchas veces premiada, vive en Australia, como Coetzee) Elizabeth Costello solo está segura de tener muchas dudas, “un signo de interrogación en la frente”. Solo sabe que no sabe nada. Su hijo (este sí consciente de la terrible enfermedad) trata de animarla, como si Coetzee tratara de animarse a sí mismo: “lo que has escrito ha cambiado la vida de los otros, ha hecho de ellos seres humanos mejores, o algo mejores”. Elizabeth Costello está muriendo y nada sabe del significado último de la vida ni de lo cerca que se encuentra de la muerte. Coetzee tiene 78 años. Como diría Borges, *va en vida al muere*.

Su hijo, el hijo de Elizabeth Costello, le oculta la enfermedad. Ha hecho un plan con su hermana para llevar a su madre cerca de ellos, para cuidarla en la terrible etapa que se aproxima. Pero la madre se niega, quiere vivir libre en su casa, no en un asilo. El hijo insiste y la anima: tus libros han hecho que tus lectores sean algo mejores, “no porque tus obras contengan lecciones sino

porque son una lección”. ¿Cuál es la lección de Coetzee? La suya es una visión lúgubre, donde no hay lugar para la complacencia, que Elizabeth Costello resume así: “Para bien o para mal, están todos en ese mismo bote averiado que se llama vida, a la deriva, sin ilusiones salvadoras en un mar de indiferente oscuridad.”

El libro de Coetzee reúne siete cuentos que adjetiva como “morales”, porque en todos ellos se plantea un dilema para el que no tiene respuesta. Uno plantea la “satisfacción del dominio”, la satisfacción de ser temido. Otro, la infidelidad y la ausencia de culpa. Otro más, la reprobación del deseo. Fábulas sin moraleja; filosofía sin conclusión. No hay en estas ficciones sino una sola lección: la escritura contra la muerte. Esa es también, quizá, la lección del arte y el sentido de la belleza. No se escribe para la trascendencia, para crear una obra eterna, ya que la eternidad es algo ajeno a lo humano. Se escribe, se pinta, se compone como una afirmación —aquí y ahora— de la vida. La lección del arte no apunta a durar años o siglos, apunta a que nos sintamos más vivos cuando creamos o recreamos lo creado. La moral de Coetzee es la de hacer arte para interrogar a la vida y detener a la muerte en este “mar de indiferente oscuridad”.

Elizabeth Costello piensa en la muerte. “No puedes decir ‘No’ y detener la marcha del reloj. No puedes decir ‘No’ a la muerte. Cuando la muerte te dice ‘Ven’, tienes que agachar la cabeza y seguirla.” Piensa en el amor. Piensa en el deber. “El mundo no sigue andando gracias al amor sino gracias al deber.” Piensa en la justicia. “No me interesa el amor, lo único que me interesa es la justicia.” Piensa, sobre todo, en los animales. Seres sin razón. Seres

que viven inmersos en “el torrente del ser”. Nosotros no podemos entregarnos a esa corriente, somos seres divididos. “Tenemos apetitos animales, pero también razón.” Y la razón nos impide esa entrega total al torrente de la vida. En ciertos momentos, entregados a las pasiones del cuerpo, quisiéramos fundirnos con la vida, abandonarnos en el puro ser, pero la razón “nos estorba la consumación.” A estas alturas de su vida, Coetzee, en la voz de Elizabeth Costello, con Heidegger, “se pregunta si no sería mejor ser un perro o una pulga y dejarse arrastrar por el torrente del ser”. No podemos, presos como estamos de la razón.

Somos seres divididos, atormentados, egoístas, injustos. “¿Merecemos alguna piedad?” Coetzee no responde. La razón nos impide paradójicamente el acceso al ser. Los animales, según Descartes, no tienen alma racional. “Son capaces de sentir el dolor, pero incapaces de sufrir.” Nuestra razón, que nos hace “superiores”, nos vuelve conscientes del sufrimiento. Coetzee/Costello se resiste. ¿Quién eres? “Soy la que llora.” Los animales sienten dolor, pero también sufren y aman, quieren creer. O los vemos y queremos creer que es así, por empatía. Pero la empatía es tal vez solo una



idea. Nació en el siglo XVIII, en el campo de las ciencias sociales, “en un momento histórico de la filosofía occidental en que la subjetividad parecía la esencia del espíritu”. ¿Podemos ponernos en el lugar del otro? ¿Salir de nosotros mismos y situarnos dentro de la perspectiva del otro? Más aún tratándose de un animal. ¿Sufren o creemos que sufren? ¿Aman o creemos que aman? La empatía “nació cuando reinaba el paradigma del cambio de perspectiva”. Coetzee duda. Tiene en la frente un signo de interrogación. Lo único que realmente sabe respecto a él y a los animales es que son seres “cuyo camino se cruzó con el mío cuando íbamos rumbo a la muerte”. Solo eso. Su papel como narrador no consiste en dar lecciones. Su misión se reduce a “transmitirte a ti la memoria de esos seres”. La memoria de Elizabeth Costello. La memoria de esa mujer que pensó en los animales. Nada más. Antes de que todo regrese a la oscuridad. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ
es crítico literario. Tiene una columna en *El Financiero*.



ENSAYO

Datos y sensatez



Pablo Simón
EL PRÍNCIPE MODERNO. DEMOCRACIA, POLÍTICA Y PODER
Barcelona, Debate, 2018, 266 pp.

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

Uno de los efectos secundarios de la crisis financiera de 2008 fue que muchos nos dimos cuenta de que carecíamos por completo del lenguaje necesario para entender

lo que estaba sucediendo. No era solo que no supiéramos de economía, sino que, formados en las humanidades, éramos incapaces de entender que se pudiera pensar la realidad “desde” las ciencias sociales.

Uno de los efectos nada secundarios de la crisis económica fue la subsiguiente crisis política. Quizá se produjo más tarde de lo esperado (por lo menos, un lustro después de la caída de Lehman Brothers), pero llegó. Entonces, los partidos tradicionales en el poder perdieron elecciones, pero además surgieron nuevas formaciones políticas, la sociedad parecía disgregarse en grupos con intereses no tanto contrapuestos como irreconciliables, y la manera en que los intelectuales tradicionales miraban la realidad era evidentemente insuficiente para comprender todo lo que estaba pasando.

Hasta ese momento, los científicos sociales no habían estado ausentes del debate público español. Pero entonces surgió una nueva generación de sociólogos, politólogos y economistas que, aún fuera de los grandes medios de comunicación, nos enseñaron una manera diferente (al menos para algunos) de mirar la realidad cambiante. Fundaron blogs —*Politikon*, *Agenda pública*, *Piedras de papel*, *Nada es gratis*—, normalizaron la utilización de datos, encuestas y gráficos, utilizaron con inteligencia las redes sociales y, apenas media década después, hoy ocupan lugares destacados en la discusión pública y el panorama mediático de España.

Uno de los más brillantes fue Pablo Simón (Arnedo, La Rioja, 1985). *Politikon*, el blog fundado en 2010 por “académicos y profesionales independientes [...] con el fin de promover debates y políticas

basados en el conocimiento de las ciencias sociales [...] desde una perspectiva analítica” fue su paraguas inicial, que compartió con otros analistas inteligentes y originales, pero pronto saltó a la televisión, la radio y actualmente, además de una voz habitual en esos medios, es columnista de *El País*. Si *Politikon* publicó dos libros colectivos —el primero sobre la crisis política española tras la crisis económica; el segundo, sobre la manera en que esta ha perjudicado sobre todo a los más jóvenes—, Simón debuta ahora en solitario con *El príncipe moderno. Democracia, política y poder*. El libro es una especie de compendio de lo que, según Simón, la ciencia política puede decir sobre la realidad occidental actual: ¿qué le ha hecho la globalización a nuestras sociedades? ¿Por qué los partidos están en bancarrota? ¿Siguen las clases sociales votando de manera homogénea? ¿Hay una verdadera ruptura entre las opciones políticas preferidas por los habitantes del campo y los de la ciudad? ¿Vamos hacia una política basada en la identidad? ¿Se recuperará la socialdemocracia?

Simón responde a todas estas preguntas bajo la admonición del padre de la ciencia política, Maquiavelo, al que invoca desde el título. No por las nociones más triviales que suelen atribuírsele —que el fin justifica los medios, que el mandatario debe ser temido—, sino por la más importante de las innovaciones que aportó al debate político: “Siendo mi propósito —dice Maquiavelo en *El príncipe* original— escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente ir directamente a la verdad real de la cosa que a la representación imaginaria de la misma.” Es decir, en lugar de escribir sobre cómo tendría que ser el mundo, los politólogos

deben describir cómo funciona este en realidad, cuáles son sus mecanismos internos, a qué incentivos políticos respondemos y, en función de ellos, por qué los políticos actúan como lo hacen. Y a ese espíritu se ciñe Simón.

Lo hace sabiendo que el conocimiento de la realidad al que puede aspirar un politólogo “siempre es parcial y, además, muy poco contundente” y está sometido a una constante reevaluación. “Sin embargo —dice—, es la única manera de aproximarse con cierto rigor al conocimiento de las dinámicas sociales.” Su respuesta también parte de un apriorismo político —por mi parte, totalmente bienvenido—: el del liberalismo pluralista. El libro asume “que la sociedad presenta un pluralismo irreductible; dicho de otro modo, que la diferencia de pareceres sobre todo lo valioso, justo, bueno o noble es algo consustancial a nuestro carácter”, y que “lo que nuestros sistemas políticos buscan son fórmulas para canalizar ese pluralismo y ese desacuerdo, acomodar las preferencias de los ciudadanos y tratar de traducirlo en políticas públicas concretas”.

Más allá de la sólida argumentación filosófica y teórica que enmarca el libro, los lectores que sigan con frecuencia a Simón no encontrarán nada sorprendente en el desarrollo de los temas antes mencionados. Básicamente, sensatez, datos, argumentos sólidos y una ligera pero bienvenida suficiencia profesoral.

Si Maquiavelo dedicaba su *El príncipe* “al Magnífico Lorenzo de Médici”, Simón dedica *El príncipe moderno* “al magnífico lector”. Los tiempos han cambiado y la democracia se ha convertido en un hecho. Un hecho, con todo, que últimamente ha acarreado innumerables problemas que solo la propia

democracia puede resolver. El libro de Simón supone una prudente guía para solucionarlos porque es, ante todo, una descripción de la realidad, y como suele decirse en inglés, “saber es la mitad de la batalla”. Pero también es un valioso recordatorio: aquellos que no tenemos el lenguaje de las ciencias sociales como lenguaje natural las necesitamos si queremos comprender —provisional, prudentemente— lo que pasa. —

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ es ensayista y columnista en *El Confidencial*. Este año ha publicado *1968. El nacimiento de un mundo nuevo* (Debate).



NOVELA

El desencanto de Ivo Brandani



Francesco Pecoraro
LA VIDA EN TIEMPO DE PAZ
Traducción de Paula Caballero Sánchez y Carmen Torres García
Cáceres, Periférica, 2018, 704 pp.

REBECA GARCÍA NIETO

Francesco Pecoraro es arquitecto. Tal vez por eso sepa que ninguna gran obra se sostiene sin una buena estructura. Es uno de los puntos fuertes de esta novela, que va alternando dos líneas narrativas. La primera transcurre en un aeropuerto: Ivo Brandani, un ingeniero en el cuarto menguante de su existencia, espera un avión que le lleve de vuelta a casa. La otra recorre distintos momentos de su vida, algunos de ellos, como el capítulo dedicado a la “Ciudad de Dios” o al “Sentido del Mar”, de gran belleza.

Brandani iba para filósofo, pero, tras un viaje por Escocia, deja la carrera para matricularse en ingeniería. Fue un puente, el viaducto

ferroviario sobre el Firth of Forth, el que le hizo replantearse la vida. Un puente, dice Brandani, es una “solución técnica” a “un problema filosófico”. Su función es unir lo que “está separado en la realidad”. Y eso es, en cierto modo, lo que hace el propio libro. *La vida en tiempo de paz* tiende puentes entre las “dos eternidades de oscuridad” que, en palabras de Nabokov, enmarcan “la breve grieta de luz” que es toda existencia. Además, salva el abismo que tradicionalmente ha separado las humanidades de las ciencias. Pese a su formación técnica, su mentalidad de filósofo nunca llega a desaparecer del todo. De hecho, coexiste con su mente “ingenieril” dando lugar a reflexiones más que interesantes. Más difícil le resultará al narrador encontrar puntos de unión entre su generación y la de sus padres (que no saben “nada de Pink Floyd”, ni “de Kerouac”, que “no han leído *Aullido*, de Ginsberg”), aunque la distancia que le separa de su padre, un exfascista “poco convencido” que después fue liberal, no es tan grande como le gustaría.

Al viraje académico de Ivo Brandani contribuye también mayo del 68 (aunque en Italia las principales revueltas de estudiantes tuvieron lugar antes de esa fecha). Brandani forma parte del movimiento que ha ocupado la facultad de filosofía y letras; sin embargo, no está tan comprometido con la causa comunista como sus compañeros y ve muchas contradicciones en sus planteamientos. No acaba de entender los discursos de los líderes en las asambleas, no le gustan los mecanismos de poder que se han activado en el grupo. Cree que unos son muy hipócritas, otros demasiado gregarios. Aun así, siente que está viviendo un

momento histórico. En los enfrentamientos contra los neofascistas (que habían ocupado la facultad de derecho e intentaban ocupar filosofía), ve un renacimiento de las viejas rencillas: “el odio histórico ha vuelto a resurgir, estamos pagando las viejas heridas que nuestros padres dejaron abiertas”. Con todo, el principal enemigo no serían los fascistas. Aunque entonces no lo sabían, aquellos jóvenes nacidos en tiempo de paz estaban perdiendo su oportunidad de ganar la guerra, una guerra “invisible” que hoy continúa: “Si sois derrotados, sin nada ni nadie que oponga resistencia, el capitalismo se transformará en un monstruo invencible, capaz de destruirlo todo, incluso a sí mismo, incluso el planeta sobre el que caminamos. El mundo arderá, se derrumbará, se autodestruirá por una lira más de beneficio.” Las consecuencias de aquella batalla perdida, o, mejor dicho, ganada solo en el plano simbólico, no fueron tan dramáticas como las de la guerra que perdieron sus padres (narradas de forma magistral en *La piel*, de Curzio Malaparte), pero sin duda marcaron su destino y el de las generaciones venideras.

Pecoraro parece dar la razón a quienes creen que lo más valioso de una novela está en las digresiones. “La poesía de la existencia”, dice Milan Kundera a propósito de *Tristram Shandy*, “está en la digresión”: “La poesía no está en la acción, sino allí donde se detiene.” Buena parte de la novela de Pecoraro tiene lugar en un aeropuerto, un no-lugar donde todo está detenido, “en suspenso, en una pausa existencial”, el sitio perfecto para dejar vagar la mente. Es verdad que la verborrea de Brandani a veces resulta excesiva, y es muy posible que la novela hubiera salido

ganando si tuviera unas cuantas páginas menos. Además, los frecuentes cambios de tercera a primera o segunda persona en el discurso del narrador me parecen innecesarios. No obstante, a diferencia del discurso vacío que caracteriza a otros narradores, Brandani tiene algo que decir. Sus reflexiones sobre Sharm el-Sheij, ciudad egipcia donde trabaja en un proyecto que consiste en colocar coral sintético en el fondo marino, son muy sugerentes. Para él, el simulacro del que habló Baudrillard está invadiendo la realidad y pronto seremos incapaces de distinguir el original del plagio. El paisaje clásico ha desaparecido, estamos profanando los desiertos, el mundo entero se está convirtiendo en un parque temático como los que aparecen en los libros de Bruce Bégout... También hay algo de repetición y simulacro en nuestra forma de ser. Brandani cree que la profundidad y la autenticidad de los seres humanos son muy relativas: “No sé quién ha inventado el cuento chino de lo profundo, de lo complejo, de lo insondable... Yo siempre me he visto superficial, simple, vacío... A ver, no vacío del todo, sino vacío de ideas endógenas, es decir, carente de la capacidad de producir conceptos propios: todo lo que he pensado y lo que pienso proviene de fuera...” Sus opiniones no gustarán a todo el mundo, pero bien valen una lectura (y una o varias relecturas). Brandani no es la clase de persona que quisiéramos tener como compañero de asiento. Es un tipo desagradable, ronca y se rasca sin ningún pudor. Pese a ello, no es difícil empatizar con él. Al fin y al cabo, su guerra nos resulta familiar. Su desencanto es también el nuestro. —

REBECA GARCÍA NIETO es escritora. Su libro más reciente es *Las siete vidas del cangrejo* (Editorial Alegoría, 2016).